



¡GENIO Y FIGURA.....!—Por L. Schmutzler.

rando con rapidez, hacen que el mercurio puesto en exceso y la amalgama se depositen en el fondo, de donde se extrae, poniéndolo todo en sacos de cutí, que se exprimen para separar el azogue, destilando al fin la amalgama sólida que deja la plata pura.

Dos variantes principales introdujeron los españoles en este método que dejó bosquejado, y son el empleo del hierro y el del calor, usando vasijas de cobre. En la relación de los hermanos Corzo, quizá los primeros que usaron el hierro, se prescribe cómo se ha de moler y mezclar con agua, conservándolo en suspensión en el líquido, á fin de aborrazogue y obtener la plata con menores gastos. De su parte, Álvaro Alfonso Barba hacía intervenir el calor en su beneficio, llamado *de cazo*, cuyo método es apropiado, no sólo al sulfuro de plata, sino á los otros minerales de ella. Consiste esencialmente en mezclar la harina del mineral con agua, sal marina y mercurio, que se hierve en vasijas de cobre, añadiendo luego más azogue, á fin de que la amalgama sea líquida y fácilmente separable de las sustancias á ella extrañas que pudiera contener. Debo advertir que estas dos modificaciones tienen por objeto, no tanto el aprovechamiento de minerales, como la económica y poca pérdida del azogue, reducida en el sistema de Barba hasta un dos por ciento de la plata obtenida, siendo tan notable la modificación debida al famoso clérigo, que de los residuos de ella ni cantidades inapreciables de metales preciosos han podido obtenerse con los más sutiles y precisos métodos de la Química en nuestro tiempo.

De la eficacia del procedimiento responden sus resultados, que hacen decir al gran Dumas «este método reposa sobre una excelente base, puesto que sin combustible y con el menor trabajo posible se tratan unos minerales tan pobres, que por los otros métodos sería imposible beneficiar con ventaja». Grande y hermosa fué esta obra de los ingenios españoles, cuyo trabajo no tuvo hasta el siglo presente su explicación cabal, ni los fenómenos de la amalgamación pudieron comprenderse de una manera satisfactoria, sino en los momentos actuales, cuando la Química ha alcanzado sus mayores adelantos, cosa que aumenta la gloria de nuestros metalurgistas. De abolengo veniales saber inventar, logrando famosos adelantamientos; procedían observando y experimentando, según habíaulo aprendido en las grandes tradiciones científicas españolas, nada teóricas, eminentemente prácticas, que tenían por único objetivo la aplicación de minerales y plantas á los usos de la vida. Con efecto, la cultura romana señalase en España, de manera muy significativa, en cuanto á las explotaciones mineras atañe, en especial tratándose del oro y de la plata, que beneficiaron con

mucho acierto, ejecutando á veces obras de desviación de ríos y túneles en roca viva, magníficas muestras de su sólido arte de las construcciones. La riqueza del suelo aviva la codicia de los conquistadores, y de ahí su afán de explotar minas y también el carácter de la cultura científica que implantaron; de su parte los árabes, muy maestros en todo linaje de ciencias y artes industriales, dados á la alquimia especulativa, hubieron de unir sus conocimientos á las prácticas que aquí dejaron implantadas los de Roma, y esta doble tradición, los métodos puestos en uso y las doctrinas admitidas es lo que recogen los insignes amalgamadores que en América explotaron la plata y el oro, cuyo beneficio tenía de antiguo en España adquirida carta de naturaleza.

Y no era la amalgamación cosa nueva, aunque jamás se había aplicado en gran escala, que las más antiguas explotaciones auríferas egipcias de que tenemos noticia se hacían valiéndose del mercurio; así es que, queriendo enlazar los métodos americanos con doctrinas anteriores, todavía no desterradas en el siglo xvi, habremos de recordar la famosa teoría del *mercurio de los filósofos* y los primitivos procedimientos de beneficio por el azogue. Geber, el insigne descubridor del ácido nítrico, cuyos estudios han llegado hasta nosotros, sostenía que cada metal tiene su mercurio particular—amalgama se diría ahora—cuyo mercurio, calentado, abandona la substancia á él incorporada; el mercurio del oro podía volatilizarse y dejar el preciado metal; luego si á cada mercurio pudiésemos teñirlo de oro, con azufre ú otros ingredientes, y después eliminar con el calor todas las cualidades del azogue, la transmutación se llevaría á cabo porque resultaría oro, aunque á veces tan blando como el preparado del mercurio del estaño teñido en azufre. De esta doctrina, resumen y compendio de todo el sistema de los alquimistas arábigo-españoles, deriva, á mi ver, el método de amalgamación; sólo que más prácticos y dados al comercio los metalurgistas que fueron al Potosí, no se cuidaron de convertir la plata en oro, sino en obtenerla pura, preparando su mercurio y dando testimonio del carácter tradicional de las ciencias experimentales en España, eminentemente prácticas y cuidadosas, en primer término, de obtener aquellos productos de mayor y más inmediata utilidad. Tal puede ser la filiación de aquella serie continuada de trabajos y descubrimientos, respecto del mejor beneficio de los minerales de plata, en tiempos en los cuales no se habían roto, por fortuna, nuestras tradiciones científicas

José RODRÍGUEZ MOURELO.



JUNTA DE MÉDICOS

Estaba don Blas García
Enfermo de gravedad,
Y el Doctor que le asistía
Viendo que no conseguía
Vencer á la enfermedad,

Mandó venir al instante
Á un sobrino del paciente
Y le dijo:—Francamente;
El estado es alarmante
Y el peligro es inminente.

Luchando con alma y vida
Agoté mi formulario
Sin ventaja conocida.

Juzgo, pues, que es necesario
Citar á junta en seguida.

—Se citará, sí, señor!

—¡Pronto! ¡Cuanto antes mejor!

—¡Su salud es lo que quiero!

¿Espera usted?

—Aquí espero.

—Pues hasta luego, Doctor.

La fiebre al enfermo abrasa....
Son momentos angustiosos

Pero, al fin, á la hora escasa
Llega el sobrino á la casa
Con dos médicos famosos.

El uno rechoncho y viejo;
El otro joven y guapo;
Los dos son de ciencia espejo:
El Doctor Pérez Gazapo
Y el Doctor Pérez Conejo.

Hecha la presentación,
Tras las frases de ordenanza
Pasan á la habitación
De don Blas, con la esperanza
De lograr su curación.

Ante el peligro evidente
Fruncen los sabios el ceño

Significativamente,
Y acercándose al paciente
Que está lo mismo que un leño.

Durante una hora y más,
Sin que les rinda el trabajo,
Soban al pobre don Blas
Por arriba, por abajo,
Por delante y por detrás.

Formada ya su opinión
Con el reconocimiento,
Pasan á otra habitación;
Se lavan; toman asiento
Y principia la sesión.

El de cabecera, que es
Orador de los mejores,
Empieza á hablar, y después
De saludar muy cortés
Á tan dignos profesores,
Hace con frase atildada
Y voz firme y reposada
Y demostrando gran ciencia,
Una historia detallada
Del curso de la dolencia.

Y en un período elocuente
Y con palabra elegante,
Asegura que es urgente
Una sangría abundante
Para salvar al paciente.

—Hable usted, señor Conejo.
—Antes Gazapo.

—Lo dejo
Para después.

—¡Vamos!

—¡No!

—Conejo, como más viejo,

Debe hablar antes que yo.

— Pues lo que dice es verdad,
Y ya que Gazapo insiste,
Hablaré sin vanidad,
Usando sólo del triste
Privilegio de la edad.

Fresca aun en mi memoria
La historia tan peregrina
Que hizo el señor—¡una historia
Digna del que es una gloria
De la patria medicina!

Nada tengo que objetar;
Nada tengo que añadir.
Sólo me resta admirar
Su manera de decir
Y su modo de pensar.

Probada la congestión
Conviene la depleción,
Y por eso considero
Muy útil la incidación
De mi digno compañero.

¡Una sangría ahora mismo
Ó la plétora le mata!
Aquí se impone el *Broussismo*
Ante el *sanguis moderata*
Nervorum del aforismo.

Y respetando prudente
Á los modernos autores
Que puedan ponerse enfrente,
Digo y sostengo, señores,
Que la sangría es urgente.

Aguardo con impaciencia
La luz de la inteligencia
Del digno comprofesor,
En quien se juntan gran ciencia
Y talento superior.

— ¡Señores! Anonadado
Por las galantes mercedes
Con que ustedes me han honrado,
Y al mismo tiempo asombrado
Del gran talento de ustedes,

Voy á emitir mi opinión
Franca, sincera y leal,
Como es siempre la expresión
Que va desde el corazón
Á mi centro sensorial.

Viendo cómo se presenta
Ese torrente impetuoso;
Esa flogosis violenta

Que turba la marcha lenta
De este proceso morboso,
Y ante las perturbaciones
Anímicas, peculiares,
De éxtasis y exudaciones
En las ramificaciones
De los tenues capilares,

Juzgo urgente y decisivo
El sistema depletivo
En este caso especial,
Contra el ciclo evolutivo
De la hiperemia inicial.

Y opinan igual que yo
Autores como *Trousó*,
Brunner, Gay, Serres, Littré,
Niemeyer, Hofman, Landré,
Ponsart, Andry y *Brichetó*.

Y por convicción patente,
Que no por vano capricho,
Opino aquí, finalmente,
Que la sangría es urgente
¡Pero urgentísima!—He dicho!

— Pues los tres estamos ya
De acuerdo, vamos allá
Que la gravedad apura.
¡Su curación es segura!
—¿No ha de serlo?

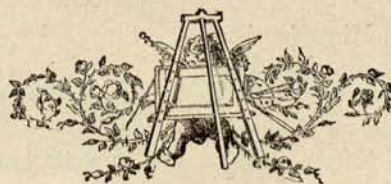
— ¡Claro está!
— ¡No perdamos tiempo!
— ¡Andando!

(Y con la lanceta abierta
Van hacia la puerta, cuando
En esto se abre la puerta
Y entra el sobrino llorando.)
— ¡Calma! ¡Calma, amigo mio!
Su tío, yo se lo fio,
Se curará!

— ¡Sí por cierto!
— ¡Qué ha de curarse mi tío
Si el infeliz ya se ha muerto!
— ¿Que se ha muerto?

— ¡Sí, Doctor!
— ¡Qué lástima de don Blas!
— ¡Morirse así! ¡Qué dolor!
— ¡Si aguarda un momento más
Se salva el pobre señor!....

VITAL AZA.



FIDELA.

I.

La vió por vez primera, como el tenor de *Jugar con fuego* á la hermosa Duquesa de Medina: *al fin de la enramada*.

¿Quién había de decir entonces que aquel amor, de tan alegre y zarzuelesco principio, pudiera llegar á tener final trágico con catástrofe más terrible, por callada, que las catástrofes ruidosas y sangrientas del antiguo teatro griego?

Sí; al fin de la enramada la vió. Gerardo estaba casi decidido á ahorcar los libros de Derecho, defraudando las esperanzas de su padre, para dedicarse con

todo el fervor de su alma á la pintura. Veraneaba á su talante entre el monte y el mar.

Su afición, su devoción pudiera llamarse, le inclinaba al paisaje y á la marina, y sus maestros le tenían por un hijo religiosamente enamorado de la madre naturaleza.

Vagaba con sus tablitas, sus pinceles y su caja de colores sin pararse en linderos; teniendo por suya toda la tierra que pisaba; creyendo suyos los prados y los bosques que alcanzaba su vista penetrante; saltando á veces las cercas que se oponían á su febril deseo de admirar y estudiar encantos. Se parecía, en fin, con su bagaje de artista, á esos furibundos cazadores de buena fe que, con la escopeta preparada, no aciertan á ver propiedad ajena allí donde salta pieza que pueda cobrarse.

Anda, anda, anda, así se encontró Gerardo Miranda cierta tarde de Julio dentro de una hermosa finca, propiedad del padre de Fidela, acaudalado comerciante que había hecho su renombrada fortuna en sus luchas del trabajo en Méjico.

La finca tenía algo de bosque, no poco de huerta, mucho de jardín, y en conjunto representaba un verdadero paraíso

en la tierra, gracias al sacrificio de algunos miles de onzas mejicanas del felíz emprendedor de negocios.

En el centro, y coquetamente escondida entre árboles frutales, se levantaba la vivienda del propietario, con un poco de lo rústico de casa de labrador rico y en el fondo con todos los honores de hotel de acaudalado capitalista.

Allí era fácil que asaltase al mortal más prosaico el recuerdo de aquel precioso cantar de Trueba:

Una heredad en un bosque,
Una casa en la heredad
Y en la casa paz y amor....
¡Jesús, qué felicidad!

Sí; había allí también paz y amor entre los padres y la niña, que era en aquel paraíso la inocente Eva, aunque sin Adán alguno á quien ofrecer las dulzuras de las frutas variadas, y ninguna prohibida, que maduraban ante los hermosos ojos de Fidela.

Ésta se hallaba sentada á la sombra de unos frondosos avellanos, absorta con la lectura de unos preciosos cuentos de Coppée, cuando nuestro cazador furtivo de paisajes, metido en cercado ajeno, tomaba apuntes muy detallados de una corpulenta y vieja encina, cuyas ramas oreaba la fresca brisa del mar vecino.

Del árbol á la mujer no mediaba más que la distracción profunda de ambos personajes de esta verdadera historia. Pero á la distracción del artista sucedió pronto la sorpresa de encontrarse con una mujer tan hermosa en medio de los encantos de la naturaleza; y á los apuntes artísticos de la encina, bajo la impresión viva del momento, sucedió rápida y calladamente el esbozo de aquel busto gentil inclinado sobre el libro y acariciado suavemente por los verdes capullos que abrumaban las flexibles ramas del avellano.

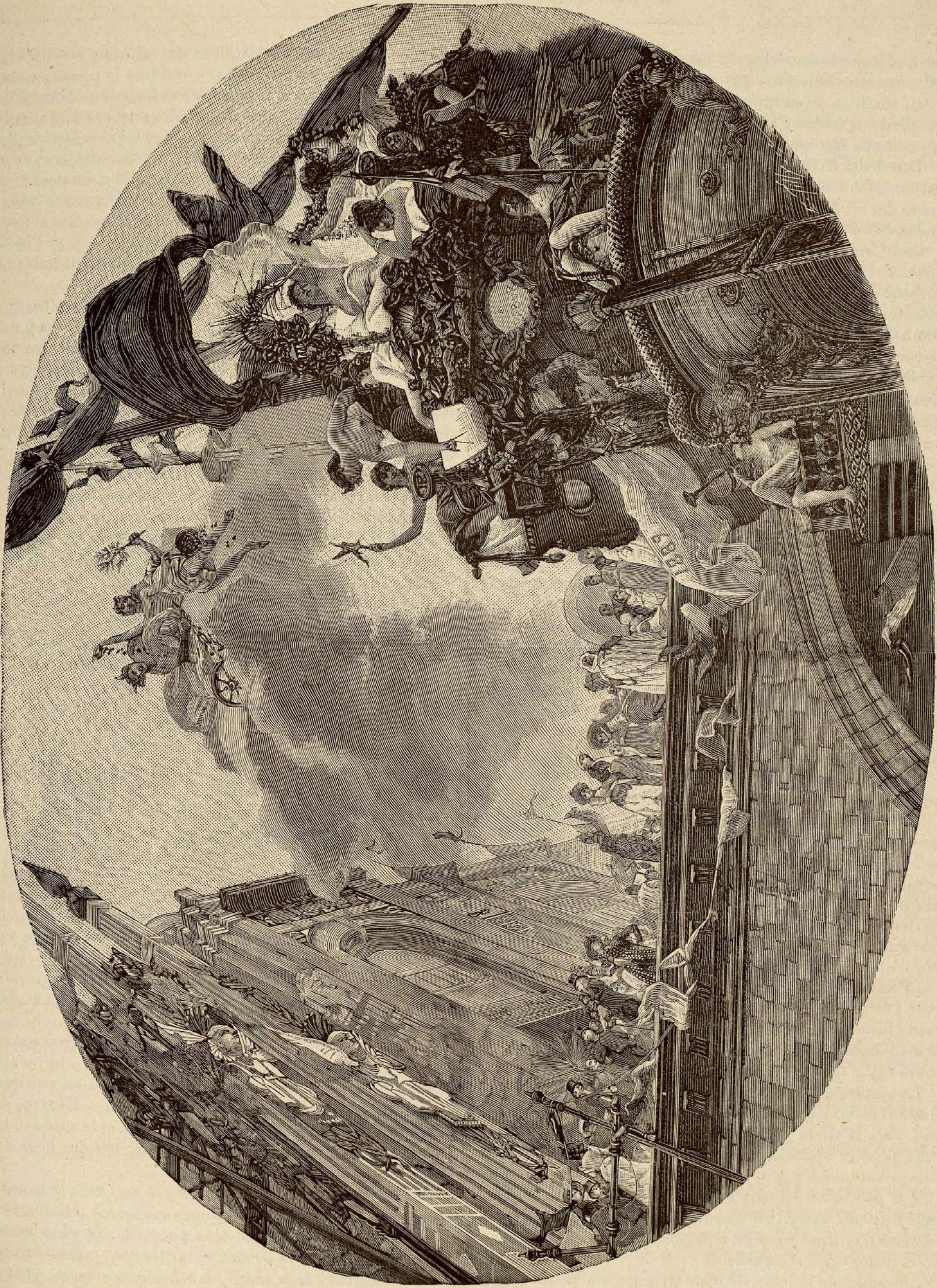
El ruido de las alas de un mirlo en la espesura; un suspiro de Fidela, que suspende su lectura interesante; el saludo tímido y cortés del artista que avanza; el grito de sorpresa y de miedo de la chiquilla que huye como una corza asustada; la tarde que cae; el airecillo salitroso que se levanta desde la playa al monte; todo eso envuelve vaga y temerosamente el recuerdo vivo de aquella extraña introducción poética al destino vilmente prosaico de dos criaturas.

II.

Sucedió lo que era de esperar. La corza asustada corrió á refugiarse en los brazos de su madre, y en el acto supo tam-



CIENCIA Y TRABAJO, MANANTIAL DE FORTUNA.



TECNOLOGIA PARA EL MUSEO MONETARIO EN EL HOTEL DE LA MONNAIE, DE PARÍS.—POR S. J. WEERTS.

bién el padre la aparición del joven intruso en sus dominios. El encuentro de ambos fué inmediato, y el joven artista, como disculpa de su intrusión inconsciente, mostró al viejo receloso sus tablas y sus apuntes, más disculpables allí que un cinto de cartuchos y una escopeta de dos cañones.

Don Fidel Arriaga conocía de oídas á la familia de Gerardo, como había llegado á su noticia la reputación de letrado del Sr. Miranda, que con su hijo solía pasar las temporadas de verano en la inmediata villa.

Con fórmulas frías, por obligadas, y con la reserva escamona del padre rico á quien hasta los dedos se le antojan pretendientes de su única hija, hizo á Gerardo los ofrecimientos de ordenanza en caso tan imprevisto, y el artista dió á las palabras corteses el valor que les correspondía, llevándose, de vuelta de su excursión memorable de aquella tarde de estío, los apuntes de una encina vieja, el esbozo de una mujer hermosa y casi niña, y el germen romancesco de una de esas pasiones que con la posesión mueren y se avivan con la resistencia.

La casualidad es casi siempre un auxiliar poderoso de los crueles destinos; y, casualmente, cerquita de la playa pasaban entonces una temporada una viuda con dos niñas casaderas que en la capital de la provincia, donde residían habitualmente, eran vecinas y amigas y contertulias de una tía de la virgencita del bosque, como llamó desde aquella tarde á Fidela el forzado *in utroque jure* y voluntario en el arte pictórico.

La viuda lo era de un magistrado, compañero de estudios del señor de Miranda, testamentario éste del difunto, y de aquí sus estrechas relaciones con la familia, y, por ende, el secreto despertar de las esperanzas de los corazones sensibles de las dos huérfanas ante aquel gentil Gerardo, que así podía heredar el bufete de su padre como las glorias mismas del divino Apeles.

Gerardo, que gustaba poco del trato un tanto *cursi* de aquellas sus dos admiradoras, y que apenas las había visitado en su alquilada casita de la playa, en cuanto averiguó que muchas noches las acompañaba Fidela en sus veladas, se hizo el fatigado en una de sus primeras correrías de paisajista, y después de saludar como rondador las venerables ramas del original de su apuntada encina, y allá abajo á las gaviotas que se guarecían somnolientas en un islote ó castro que guardaba también entre sus apuntes, llegó poquito á poco á buscar la querencia de la realidad de su sueño.

¿Y quién duda que estaba allí la querencia? Antes de llamar á la puerta de la casa, se lo decían al corazón de Gerardo las alegres risitas femeniles que llegaban á su oído, acompañadas de las vivas y desacordadas notas de un piano, sobre cuyas teclas jugueteaba alguna mano distraída.

La aparición del pintor de la naturaleza en aquella sala deshizo instantáneamente el alegre grupo de las tres jóvenes. Para la viuda y sus dos niñas era todavía más inesperada aquella aparición que para Fidela y su madre, que estaba allí también y que no pudo observar el rubor que tiñó la pálida tez del agraciado rostro de su hija ante el saludo de aquel que artísticamente la había hecho suya en dos minutos con tres rasgos de lápiz, como á la reina de los árboles de los dominios paternos.

Arranques de la ingenuidad de Gerardo, un tanto fiera é impolítica entonces, hicieron comprender á toda aquella ter-

tulia, con harta pena de las niñas del difunto magistrado, que el pintor se había colado allí decidida y resueltamente á ver y hablar á Fidela, arrepentida á los quince minutos de haber sido tan salvaje ante la primera sorpresa del gallardo artista, que no era tan fiero como ella se lo había imaginado, puesto que penetraba con la voz en los corazones como con el pincel en los secretos más hermosos de la naturaleza.

Puede asegurarse que aquella entrevista de media hora, bien aprovechada, á solas relativamente en el mirador abierto sobre la playa, fué la única que tuvieron Gerardo y Fidela hasta el día, muy lejano entonces, en que habían de hablarse como prometidos y al fin *consentidos* esposos.

El hombre y el artista quedaron satisfechos. La niña, que no había visto más mundo que el pintado en cuentos y novelas, quedó vivamente impresionada. La poesía de una noche serena y de un rumoroso mar en calma, contribuyó á que aquellos treinta minutos fuesen más fecundos en movimientos del corazón y osadía de los labios que largos meses de relaciones en el aturdimiento de la prosaica existencia de la ciudad.

¡Ah! si la pálida *virgencita* aquella, en cuyos hermosos ojos negros y al resplandor de la creciente luna nada de mundanal y satánico brillaba, hubiera podido conservarse crisálida en aquel paraíso de su padre, entre flores que ella misma cultivaba, ¡qué porvenir tan dichoso el de los nacientes amores del artista!

Muy ajeno estaba Gerardo á que su mismo atrevimiento feliz de aquella noche única, había de ser causa de que la crisálida preciosa, trasladada á otra luz y á otro ambiente, se transformase con funesta facilidad en mariposa cuyas alas no habían de ofrecerle un poco siquiera de aquel suave perfume que se respiraba al pie de la encina y entre los verdes avellanos.

III.

Al mismo tiempo que el severo cuanto amoroso padre de Gerardo hacía notar á éste lo tardío de su regreso á la villa y lo extraño de su larga permanencia en casa de la viuda, que en vano trató el joven pintor de razonar y vestir con falsos colores, la inocentísima y buena esposa de D. Fidel, mientras la chica se disponía á acariciar sus ensueños en un sueño tranquilo, confiaba muy regocijada al ricachón *indiano* todas sus observaciones de madre lince acerca del *atrevido* y simpático caballero de los pinceles en la familiar tertulia de la viuda del magistrado.

Alarmóse el bueno de D. Fidel; juzgó desde luego premeditado el asalto de su finca por el cazador de paisajes, y callándole á su santa esposa sus propósitos de padre rico que se pone en guardia contra *sablazo* de aspirante á yerno, se redujo por entonces á dar por suspendida para lo sucesivo la distracción nocturna de Fidela, determinación que llenó de asombro á la buena señora.

Don Fidel oía como á un oráculo á su única hermana, casada con un consocio de empresas mejicanas, establecido como banquero en la capital de la provincia. Escribió inmediatamente á Barbarita, como él la llamaba, consultándole sobre la situación de la niña, y la soberbia banquera, que no tenía hijos, reclamó á su sobrina Fidela, para ofrecerle—de-

cía ella—«mejor *perspectiva* que pudiera prometerse con el *pintamonas*.»

En tres días quedó todo resuelto por D. Fidel, que antes renunciaba á la compañía de su hija que á las satisfacciones egoístas de su tranquila existencia en el campo.

Aquello fué un repentino escopetazo, cuyo ruido apenas pudieron oír las dos víctimas contusas. Pero Fidela, que no podía declararse verdaderamente enferma de amor, sintió que se tratase de curarla *en salud*, y el amor propio herido dió al fin á sus propios ojos proporciones de pasión á su viva simpatía hacia el artista.

En éste también creció lo romanesco del naciente cariño, al ver en qué poco le estimaba el señorón de las encinas y los avellanos al oponer tan ruda resistencia á sus apuntes artísticos y á sus apenas apuntadas aspiraciones amorosas.

El servicio de comunicaciones de Cupido suele ser más barato y más rápido en el campo que en la ciudad; y así ocurrió que, como por encanto, se cruzaron dos cartitas entre Gerardo y Fidela, antes de que ésta se trasladase á la ciudad con su campestre sueño de la memorable tarde de estío. En aquellas cartas se trazaba todo un plan de guerra sorda á los tiranos.

Y como quedaban en la playa las *ofendidas* huérfanas del magistrado, excusado es decir que el padre de Gerardo y toda la villa y las aldeas adyacentes supieron pronto el cómo y por qué de la desaparición de la virgencita pálida que perfumaba los dominios del indiano.

Si como penetró en el fondo de las dignas y sentidas palabras de su padre, herido como tal en aquel lance, hubiera podido Gerardo penetrar en el fondo del corazón, al fin humano, de Fidela, la fantasía no hubiera tomado vuelo y el desencanto hubiera surgido en sazón y menos doloroso.

Porque la triste verdad es que Fidela, que no sabía de cosas del mundo más que *de leídas*, llevaba á la ciudad la secreta alegría del presentimiento feliz de aquellas cosas, con la seguridad del triunfo de sus propios encantos, entre otras razones, por la *cruel* para el que dejaba detrás, de haber movido con ellos el corazón y el pincel de un artista.

Pero esos fondos, de amarga y negra realidad humana, los ve menos que nadie el que, cante ó pinte á la naturaleza, apenas tiene ojos más que para lo bello, ni se puede asustar con el lejano rugido de la fiera cuando ha ido al bosque á deleitarse con las frases amorosas del ruiseñor en la época del celo.

¡Pobre Gerardo, y qué enemiga esperaba á su ilusión con los brazos abiertos, tejiendo ya con seda y oro las alas de mariposa con que había de volar y enloquecer y desvanecerse su virgencita!

IV.

La llegada de Fidela á la ciudad—cuyo nombre nada añadiría á la verdad de esta historia—ocurrió precisamente en momentos en que parecía que el diablo se había propuesto ayudar á la estéril cuanto opulenta tía de la niña en la tarea de curar á ésta de achaques de romanticismo bucólico.

Por mar y por tierra ardía aquello en fiestas alegres y vistosas que fomentaban la industria y el comercio, sobre todo para halagar y entretener á los forasteros, que acudían

al reclamo, siendo inútil asegurar que en aquellos días y en todas partes el verdadero reinado era para las mujeres hermosas.

La prensa local, que imitaba á la de la corte en eso de citar nombres en sus revistas, vacilaba en lo de adjudicar el trono, y ya aparecían el nombre y las señas de una rubia, princesa de la ciudad, como los de una morena titulada que tenía ganado el cetro en los madriles.

La inesperada novedad y el penetrante perfume de inocencia campestre que avaloraban la aparición de Fidela, fijaron pronto la atención pública, y los revisteros, que supieron que á lo hermoso de la niña se unía lo millonario del padre, empezaron á ser tibios con la morena y con la rubia, y todo el incienso se fué á envolver en nubes al ángel de los ensueños del mísero artista.

Para llegar á tanto en tan pocos días conspiró admirablemente aquella doña Barbarita, cuyo diminutivo ofrecía de más bulto las amplias y fenomenales formas de la hermana de D. Fidel Arriaga, que disponía y gobernaba en su casa á ciencia y paciencia de su marido, el cual era un cero fuera del numerario que representaba el manejo de sus negocios.

Barbarita se parecía por la exhibición de su espléndida persona, y si por sus años y sus carnes estaba fuera de concurso, el mismo diablo vino á encender en ella el ansia de participar *de reflejo* de los triunfos legítimos de su sobrina.

Ella era la tarasca inevitable de todas las funciones. Y en el teatro, en los bailes y jiras campestres y marítimas, en su palco en la plaza de toros, en su carretela en los paseos públicos, en todas partes desafiaba á la vista aquel mundo de carne forrado de seda, á cuyo lado eran más de notar la gentileza y gallardía de la preciosa Fidela.

Si hubiera podido ver Gerardo cómo se jaleaba y removía aquel talle de hada cuyo esbozo conservaba como un talismán venerado; si hubiera visto el abandono con que se entregaba aquel cuerpecito infatigable en las manos profanadoras de los prosaicos bailarines, mil veces hubiera maldecido el crepúsculo de aquella tarde de sus sueños.

Porque aunque las cartas de amor seguían cruzándose, el verdadero amor de Fidela, á pesar de ella misma, era ya aquella adoración pública que la enorgullecía y fascinaba, y en sus frases escritas á Gerardo llegó á haber algo de formulario convencional y fatigoso en que la mentira y el engaño colaboraban maliciosamente con las expresiones sinceras.

La vanidad satisfecha llegó en ella hasta el punto de transigir en ocasiones con las frases duras que solía soltar la tía á propósito de sus relaciones *tontas* con el artista.

—Mira, mira, hijita, la diferencia que hay entre este culto de que á mi lado eres objeto y el cariño de *bermellón* de aquel *pintamonas*.

—¡Dale con *pintamonas*!—replicaba entonces Fidela, en tono ligero pero seriamente ofendida.—Ya le he dicho á usted, tía, que Gerardo me ha pintado *á mí*, y si yo fuera una mona, no me harían tantos la corte.

Por ahí respiraba ya la virgencita de los verdes avellanos, precisamente cuando Gerardo, pensando en que algo más que artista había de ser para conquistar á la familia de Fidela, declaró á su padre que estaba ya resuelto á coronar con la Licenciatura sus años de Derecho. La satisfacción que daba al viejo jurisconsulto hizo que éste transigiese

con unos amores que habían empezado tan á disgusto suyo.

Los padres, cuando al amor entrañable que les es propio unen la serenidad y claridad de juicio y el conocimiento del mundo y del corazón humano que distinguían al bueno de Miranda, pronto ven á dónde pueden llevar á sus hijos las grandes crisis de la juventud y la fuerza de las vivas pasiones.

No se le ocultaba al viejo que el amor propio entraba por mucho en las aspiraciones del muchacho, y que la contrariedad y la resistencia de la familia harían en él, como en Fidela, persistente lo que acaso hubiera pasado como uno de tantos caprichos hijos de las circunstancias.

Las noticias que amigos de la ciudad le comunicaban de vez en cuando, le aseguraban que Fidela nada podía ganar moralmente pasando en edad tan crítica de los brazos de una madre sencillota, modesta y encerrada en su hogar, á los de una tía que hacía ridícula gala de sus talegas, y de su linda sobrina una *mona* pública de aquellas que atribuía al pincel menospreciado del pobre artista.

Pero era inútil que el padre previniese al hijo, cuando la cabeza y el corazón de éste estaban llenos de ideas y sentimientos que rechazaban, como enemigos interesados, todo consejo de la experiencia fría y todo aviso de la razón severa. Y así, en tal situación los ánimos y en tal estado las cosas, volvieron el padre y el hijo á Madrid, el uno á sus tareas del bufete, y el otro resuelto á ganar un título que no apetecía y á conquistar una gloria que ansiaba, todo para honrar á su amor y meter en un puño á los tiranos que le perseguían.

V

En estas narraciones cortas, el lujo de los detalles es imposible y, por lo tanto, ha de quedar á cuenta del avisado lector el razonar y explicarse la brutalidad de los hechos por la fuerza de los caracteres que ve apuntados y por la influencia del ambiente que los personajes respiran.

Lector y lectora habrá de esta historia breve cuanto lamentable, que la encontrarán verdadera. Para los demás la hará verídica la triste frecuencia con que llegan al matrimonio hombres y mujeres que se engañan á sí mismos al engañar á los que hacen á la vez compañeros y enemigos de toda la vida.

La situación de Fidela y Gerardo puede decirse que fué la misma en el fondo durante tres largos años, sin que faltasen los hábiles recursos de la sobrina para evitar tormentas que interrumpiesen las comunicaciones, y sin que la tía diese á torcer su robusto brazo en lo de cumplir á su hermano rústico la promesa de llevar á su hija á un fin más positivo que el que pudieran ofrecerle togas pobres ó pinceles á salto de mata.

La buena señora se refa mefistofélicamente del platonismo amoroso de niña tan susceptible á las seducciones del lujo y á los halagos de la admiración pública, y se dió á conspirar con amigos y parientes para que el oro y la conveniencia triunfasen de un infantil capricho nacido entre zarzas.

Á Fidela no dejaban de divertirla aquellas estratagemas que se urdían contra su fatal empeño, y gozaba mucho

cuando oía á sus amigas *implacables*, las huérfanas del magistrado:

—¿Conque te casas con D. Feliciano, el de *los trigos*?

—¿Conque triunfa D. Casimiro, el de *los caldos*?

—¿Es un hecho lo del rubio hijo del *indiano*?

—No seas tonta y déjate del pintorcillo madrileño. Mira que tu tía tiene razón, y te quiere bien, como á una hija mimada. Y el amor pasa pronto, y las necesidades tuyas son muchas, y....

Y las huérfanas.... de novio se libraban en su charla de decirle á Fidela que se ocultaba una regular fortuna bajo la ancha capa de modestia del padre de Gerardo.

Este recibía noticias de aquellas conspiraciones en la parte festiva de las cartas de Fidela, que, en cambio, procuró siempre ocultarle cuánto lujo de trajes, cuánto movimiento, cuánta satisfacción de amor propio, cuánto trasteo de bailarines, cuánto sudor de máquina de imprenta le había valido aquella emigración forzosa del campo á la ciudad, que ella lamentaba por escrito y bendecía en su tocador entre trapos y perfumes.

En las cartas, monótonamente *iguales*, de Fidela, no podría advertir amante menos preocupado que Gerardo ni el más inocente giro de los vuelos de aquella loca mariposa, cuyas alas negras cubría el polvillo de oro falso de la vanidad y alardeaba todavía de su amor á la violeta.

Sólo una preciosa fotografía pudo despertar alarmas en Gerardo, más por el instinto del pintor que por dudas del amante. «No—le decía á Fidela, al acusar el recibo del solicitado recuerdo:—esta que veo aquí no es del todo aquella Fidela que sorprendí con mi lápiz en aquel paseo de artista; no es aquella sencilla y tímida hermosura que, pendiente de mis labios, bajaba la frente y cerraba los ojos al resplandor de la luna y á orillas del mar en calma. Al hacerte mujer, se ha desvanecido no sé qué vago y dulce espíritu de *Madonna* que atraía religiosamente.... Pero estas serán preocupaciones de artista: te amo como entonces....»—Y aquí empezaba y seguía esa prosa estúpida y convencional de los amantes largo tiempo ausentes.

Si el que habló ante el retrato hubiera podido ver al original en su terrible y rápido desenvolvimiento de aquellos tres años, hubiera dicho á Fidela: «No, no eres tú. Tú te quedaste al lado de tu sencilla madre, entre avellanos silvestres y encinas seculares. La locura de la vanidad te ha transfigurado; al llevarte al mundo, no sé qué demonio ha dado nuevo movimiento á tu ser y atrevidas líneas á tu cuerpo, prostituyendo alegremente tu espíritu. No, Fidela; yo vuelvo al monte, vuelvo á la playa; y si allí no recobro la realidad de mi sueño, perderé contigo mi mejor esperanza, pero no he de buscar en ti mi posible infortunio.»

VI.

Pero al fin triunfó el amor propio, asesino unas veces y falsificador otras de los más puros afectos de la tierra.

La promesa furtiva iba á cumplirse públicamente en la ciudad en el tercer aniversario de la poética sorpresa en el bosque. La voluntad de la hija única se acataba al fin, fracasados todos los planes maquiavélicos de la tía opulenta



¿LA DEL JUICIO? — Cuadro de L. Vezzo.

que se contentaba con haber hecho de su sobrina el instrumento de sus vanidades seniles.

D. Fidel y su paciente esposa, ésta inocentemente satisfecha y aquél casi pasivo en el supremo trance, se trasladaron *por días* á la casa donde reinaba la niña, y donde ya estaba citado *oficialmente* el Sr. Miranda, que realizaba con su hijo aquel viaje, disimulando sus sobresaltos y recelos paternales, que subieron de punto cuando se convenció de que la atmósfera en que respiraba Fidela no correspondía á aquella otra en que él había educado á su hijo.

Los dos padres, cada uno por sus razones, de bien distinta índole, estaban allí violentos, y casi era una fortuna para los dos que todo estuviera concluido en pocos días, aunque, á durar mucho los preliminares, arranques del carácter orgulloso y dominante de Fidela, hasta para su propia madre, hubieran dejado en el camino del horno el pan de la boda y al novio poco dispuesto ya á oír las amonestaciones de la epístola de San Pablo.

Pero el novio apenas *veía* ya más que la hora de la posesión de aquella espléndida hermosura, con menoscabo pérdidas y todo del ideal primitivo. Tuvo, después de la ceremonia religiosa, hasta el valor de abrazar á su feroz detractora, aquella montaña de carne y raso que se había declarado al fin madrina de solemnidad.

Y ¡qué regalos los de la madrina! ¡Qué tirar la casa por la ventana en aquel baile extraordinario y *fuera de abono*, de que disfrutó toda la *crema* de la sociedad mercantil y burocrática, incluyendo á los derrotados candidatos á la mano de Fidela, que apenas veían ya más que la millonada que el artista metía en su caja de colores!

Y ¿cómo habían de faltar allí las dos huerfanitas pizpiretas, á soltar la baba de su despecho, fomentando las murmuraciones entre vals y dancita y entre sabroso emparejado y fino sorbete?

Y el bueno de Gerardo se consoló con atribuir á exigencias sociales la solicitud y el fiero orgullo con que la reina de la fiesta—olvidada del rey consorte—recibía los homenajes, las lisonjas y hasta los apretones de aquellos *gomosos* cortesanos.....

.....

Y ¡consumatum est!

Viaje de novios, breve pero bien aprovechado, terminando en el otoño entre Francia y Suiza, con estancia en París, á despecho de Gerardo, para lucir sus galas Fidela, con visitas á bosques y cascadas, con cansancio de Fidela; para recreo del alma del artista.

¿Y después?..... Un año más de paz relativa y de dicha discutible, y eso gracias á que aquellos amores habían traído fruto de bendición, sin que en la bendición del cura hubiera intervenido para nada el cielo.

Pero Fidela no había nacido para sentir entrañablemente la maternidad, como la sentía aquella pobrecita é inocentona de su madre, que tuvo la dicha de morir antes de que pudiera ver los horrores íntimos de aquellos dos seres tan inconscientemente encadenados.

Aquel fruto de bendición; aquella niña, encantadora por

herencia, bebía la vida y se dormía en regazo mercenario, mientras la madre invocaba los títulos de su pingüe dote para ir, á despecho del esposo, á brillar en teatros y salones, reverdecendo en Madrid, dorando más bien con su cada vez más provocativa hermosura aquellos sus inolvidables laureles provincianos.

En vano trataba Gerardo de persuadirla y atraerla á la vida del hogar, hasta con el ejemplo, con su propio sacrificio en el estudio de asuntos del bufete, y á sus horas con trabajos de artista que pudieran renovar la feliz memoria de la cuna de sus amores.

Para hacer más peligrosos los vuelos de aquella vanidad impenitente, la tía que había despertado á la fiera se había instalado en Madrid, aun con lutos de viuda, dispuesta á que brillasen al sol de la corte los millones amasados con el sudor del trabajo del difunto marido.

En la voz de aquella tía oyó Gerardo el silbido de la serpiente que había de ayudar á arrebatarse lo que él había soñado paraíso. Y cuando llegó una crisis tremenda en que el esposo invocó su autoridad y prohibió á su madrina de boda la menor intervención en su vida doméstica, la tía se tornó suegra enfurecida, y en sus garras se atrevió á presentarle títulos conquistados de madre de Fidela.

Y aquello fué *el acabóse* cuando, apenas pasado el año de luto, abrió la ópulenta y corpulenta Barbarita *sus salones*, y empezó la serie de opíparas comidas y magníficos conciertos y bailes, en que tuvo formal empeño de restaurar el antiguo trono de su *Fidela*, cosa fácil con los elementos de la tía y con los crecientes encantos de la sobrina y la tenaz resistencia que ésta tenía declarada á la autoridad de su marido.

El viejo letrado, el bueno de Miranda, vió antes que su hijo irremediable aquella rebelión, y quizás las posibles consecuencias deshonorosas, y tras una visita solemne al hotel de la gran fiera, á cuyo pabellón se acogió antes Fidela con su niña, aquel hombre, gastado en el bufete, tuvo que transigir por evitar el escándalo y mayores dolores á su hijo, y la separación de éste y de Fidela quedó mutuamente *convenida*.

Pero en aquel divorcio sin campanada pública ante los tribunales, un derecho mal reconocido dejaba en brazos de la madre un ángel que tan fuera de ellos había crecido. Y ¿qué iba á ser de aquel ángel, único fruto sano de tantos sueños acariciados y ya desvanecidos?.....

¡Ah! tres años de tenaz y temerario empeño en formar un dulce lazo con lo que, en otros tres, había de ser cadena que no puede unir dos cuerpos y martiriza dos almas.

¡Qué soledad tan horrible la de aquel pobre artista, que todavía goza dolorosamente en su estudio contemplando aquel esbozo de niña que lee y sueña, y aquel fresco apunte de la vieja encina que aun tiene savia bastante para vestir de gala muchas primaveras!

Allí, en aquel hogar sin calor y sin ruido, se encierra uno de esos dramas callados, sin sangre, sin aparente catástrofe. Pero ¡qué drama tan ejemplar y tan triste!.....

EDUARDO BUSTILLO.



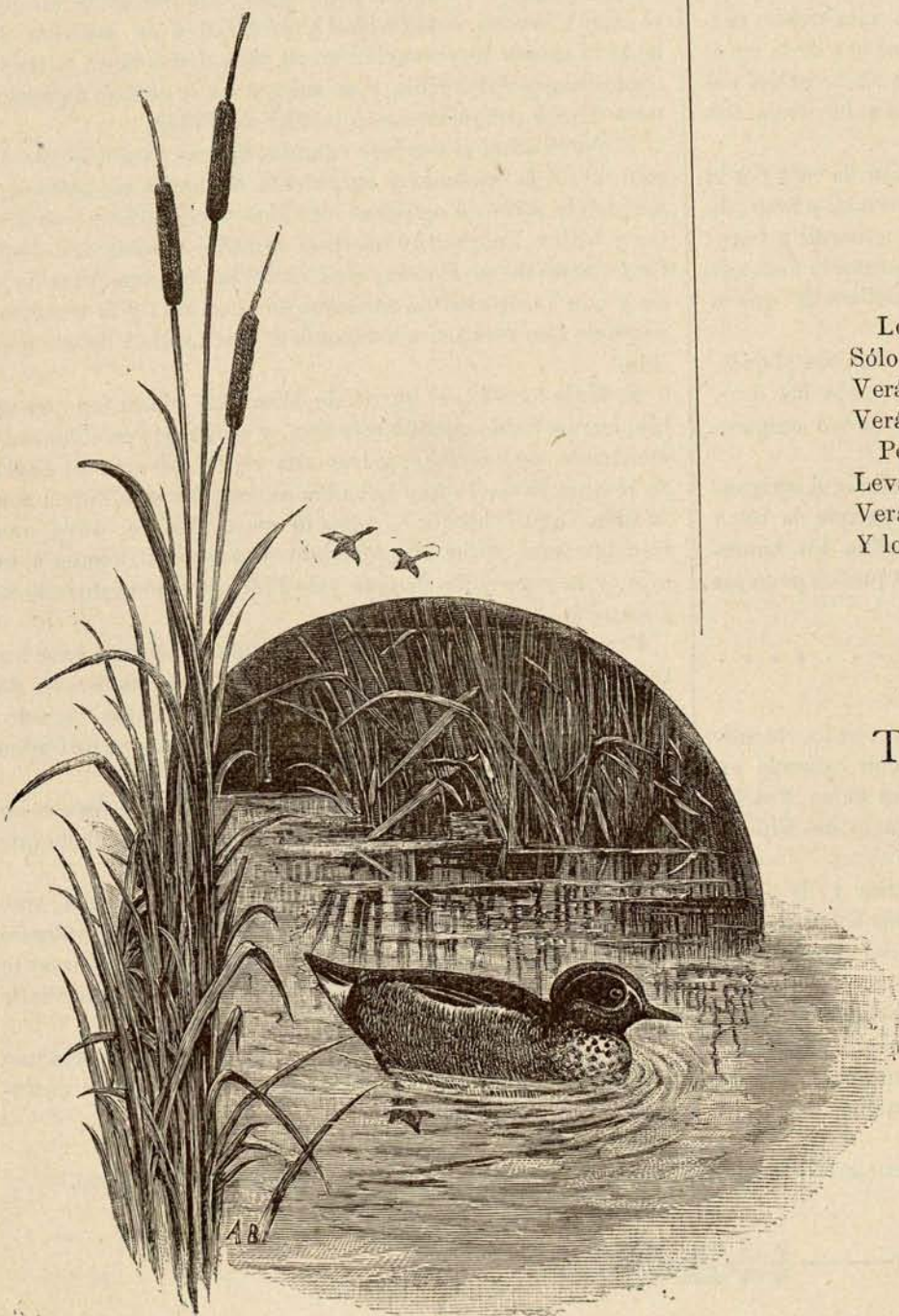
AL ABANICO

DE LA BELLÍSIMA SRTA. A. F.

Abanico de gracia y donaire,
Tus varillas no agites preciosas,
Porque llegan los besos del aire
Á tocar de su cara las rosas.

Mas si tocas audaz esas flores,
Besa, y calla tan dulce perfidia,
Porque alguno que muere de amores,
Al saberlo no muera de envidia.

M. GUTIÉRREZ.



RIMA

Nube que pasa;
Ola que nace y muere junto á la orilla;
Luz de un relámpago, ruido de un eco;
De triste otoño brevísimos días;
Flor que brota esplendente por la mañana,
Y ya á la tarde se ve marchita;
Crepúsculo que anuncia la negra noche;
Vaporosa, ondulante, fugaz neblina;
Surco en el agua de raudos esquifes;
Sol de invierno, entre nubes, que apenas brilla;
Ensueño de una noche, pronto olvidado;
Humo de incienso que se disipa;
Huella en el viento de ave que cruza.....
..... ¡Tal fué su vida!

RICARDO SEFÚLVEDA.

CANTAR

Los que, desde el mundo, al cielo
Sólo sus ojos levanten,
Verán los astros muy chicos,
Verán los hombres muy grandes.
Pero los que, con los ojos,
Levanten el pensamiento,
Verán muy grandes los astros
Y los hombres muy pequeños.

RICARDO J. CATARINEU.

TRINITARIA

Era una paloma blanca
Reina de mi palomar;
Le dí un nombre, que fué el tuyo,
Y un amor, que vivo está.

La cuidé con gran esmero,
La preferí á las demás,
Y huyó mi paloma blanca.....
¡Y no ha vuelto al palomar!

Tu cariño y mi paloma
Me ofrecen un pago igual:
Dejan el nido vacío.....
Y se alejan..... y se van.....

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.

DEL DICHO AL HECHO.....

..... *hay gran trecho*, dice el refrán; y aunque no lo dijese.

Todos los días, y casi á todas horas, presenciarnos hechos ó sabemos de actos que confirman esa regla general; una de las que menos excepciones padecen. Recuerdo ahora — y en verdad que no me expreso con exactitud al decir que lo recuerdo ahora, cuando la verdad del caso es que no lo olvido nunca — el caso de mi amigo de la infancia Pelegrín del Olmo; excelente muchacho, camarada alegre, compañero servicial, hombre, en fin, de muy buenas prendas morales..... y de ropa. Pelegrín era rico por su casa, y esperaba serlo más por la de un tío suyo, ya muy viejo cuando Pelegrín le conoció, y más millonario que viejo. Todo hacía presumir que aquel tío solterón, y que por añadidura quería mucho á Pelegrín, se moriría pronto y dejaría sus millones al sobrino predilecto; como se verificó punto por punto.

Pelegrín heredó á su tío y fué casi poderoso; había estudiado mucho, y era casi sabio; respetaba mucho á su madre, santa y noble señora, y casi era bueno; de modo que pocos hombres reúnen las dotes, por envidiable privilegio, reunidas en Pelegrín.

Una sola cosa, digamos si se quiere un defecto sólo, censuraban en él sus amigos: la frialdad con que hablaba de todo; solían llamarlo hombre de nieve; decían que por sus venas circulaba horchata de chufas en vez de sangre: para los unos, aquello era supremo desdén, inspirado en extraordinaria soberbia; para los otros grandeza de alma y elevación de pensamiento; quién atribuía aquel estoicismo á la mucha práctica de la vida; quién lo achacaba al desconocimiento absoluto de la desgracia. «Es un hombre incompleto, decían algunos; discurre mucho y siente poco; tiene cabeza, pero carece de corazón.» Y Pelegrín, que no ignoraba lo que de él se decía, porque no faltan nunca buenos amigos que le cuenten á uno esas cosas, sonreía tranquilamente y continuaba sereno, como si nada hubiese oído, tratando con la misma cordialidad, nunca alterada, á los maldicientes.

—¿Que hablan mal de mí? ¿Qué importa eso? En algo han de entretenerse los amigos: si merezco lo que dicen, hacen muy bien en decirlo; si no lo merezco, eso voy ganando; los que ya me conozcan, no los creerán, y los que

no me conozcan, *suspenderán su juicio*, como se dice en los periódicos, hasta conocerme. Los que no procedan de ese modo y, prescindiendo de su inteligencia propia, se dejen influir decisivamente por la ajena, probarán evidentemente que son majaderos, y de la opinión de los tontos no hay que hacer gran caso. ¡Existen por el mundo tantas cosas interesantes en qué pensar, que es verdadero crimen prestar atención á esas boberías!

Así se expresaba Pelegrín cuando, ya de sobremesa, rodeado por su familia y dos ó tres antiguos condiscípulos, á quienes consideraba como hermanos, tomaba café, fumaba y discurría sobre asuntos del momento; políticos unas veces, literarios otras, antes de retirarse á su despacho, en el que leía ó escribía, hasta las primeras horas de la madrugada; pues la de trabajar de noche era costumbre que conservaba el potentado desde sus tiempos de estudiante.

Algunas veces, sobre todo cuando su esposa abandonaba pronto el comedor, porque tenía que vestirse para ir al teatro, entablábanse entre Pelegrín y sus amigos discusiones de esas que los hombres no acostumbran, por lo general, á sostener delante de señoras, temerosos de aburrirlas, ó acaso también de faltarles un poco al respeto si, como acontece en muchas ocasiones, al calor de la controversia se enardecen un poco los ánimos. Los temas de tales conversaciones, porque con Pelegrín pocas veces se discutía, y desde luego no se disputaba nunca, eran, ordinariamente, la *nota del día*, como ahora se dice: la votación última en el Senado; el discurso del Presidente del Consejo; la tesis del drama representado, con buen éxito, pocos días antes. De eso justamente se hablaba cierta noche, en que nos hallábamos solos, en el espacioso y monumental comedor de aquel palacio, Pelegrín, un hermano suyo y yo. Habíase representado por entonces, y lograba unánimes alabanzas de la crítica y aplausos ruidosos del público—resultados que rara vez andan juntos—una comedia, así la nombraba el autor, en la que aparecía planteado el problema (siempre nuevo y siempre interesante) de la infidelidad conyugal, y en que dicho problema quedaba resuelto con la muerte de la esposa infiel por el esposo ofendido, el cual, á su vez, condenado á presidio por los tribunales, se suicidaba al oír la notificación de la sentencia.



LAS HERMANAS.—Por Thumam.

La solución del problema parecía á unos natural; á otros, inverosímil; teníanla estos por *convencional*; diputábanla aquellos por completamente humana; la venganza del marido ultrajado, la desaparición de un hogar, la ruina de una familia, la infamia de un nombre hasta entonces honrado y acaso ilustre, todo esto parecía á muchos consecuencia indeclinable de la falta cometida por una mujer sin decoro; y juzgábanlo otros como exageraciones de romanticismos extraviados ó delirios de poetas que viven siempre allá en sus regiones elevadas de los grandes ideales, pero muy lejos del mundo real. Para los que así pensaban, si el drama había logrado tan envidiable acogida, debíalo á que, juzgado como trabajo literario, como obra del artista, tenía primores de forma que seducían; «porque, solían decir, eso de que al teatro vaya el público á presenciar la vida tal cual ella es, no pasa de ser una equivocación de los llamados naturalistas; en el arte, y muy principalmente en el arte escénico, busca el espíritu algo que no sea la realidad, algo que valga más que ella; la verdad del arte no es, no ha sido jamás, no será nunca la verdad de la naturaleza; no hay mujeres como la Venus de Milo.....»; y así, por el estilo, continuaban discuriendo, y naturalmente apasionándose á medida que hablaban en defensa de su opinión.

Entre los que pensaban de esta manera estaba el hermano de Pelegrín, que, sobreexcitado por mis réplicas, y más exaltado aún por el silencio pertinaz de su hermano, que nos miraba al uno y al otro, sonriendo siempre y fumando con mucha tranquilidad, dijo al cabo, dirigiéndose á Pelegrín:

—Y tú ¿qué dices? ¿Qué piensas en esto? Que estás ahí mortificándonos con esa sonrisita burlona, como si nos mirases con soberano desprecio, ó como si pretendieses representar una estatua del escepticismo.

—No —contestó, sin abandonar su sonrisita, ni su aspecto reposado, mi amigo;—no me burlo de vosotros, ni trato de representar estatuas; lo que sucede es que esas cosas me impresionan muy poco. Porque me parece que discutís inútilmente. Decís que el esposo engañado, dando muerte á la esposa perjura, es un carácter humano, es real, y creo que tenéis razón; decís que sería real y humano perdonando á la mujer pecadora, y me parece que también la tenéis. ¿Á qué disputar? Todo es humano, todo es verosímil, todo es real; el esposo que mata y el marido que perdona; la hembra que ama y la mujer que aborrece..... Discutid lo que más absurdo, lo que más inverosímil, lo que más monstruoso os parezca, pues algo más monstruoso, y más inverosímil, y más absurdo, que eso discurredo por vosotros, habrá pasado en la vida. Censurar las situaciones y los caracteres poco inverosímiles, ó celebrarlos por reales y verdaderos, me parece una niñería; por eso no discuto; por eso me río de los que discuten.

—Pero vamos á cuentas; dejemos por un momento el teatro y volvamos la vista á la realidad: fíjate que te en-

contrases de pronto en la situación en que se encontraba el protagonista del drama. ¿Qué harías?

—¿Y á eso llamas volver la vista á la realidad?..... No seas loco; afortunadamente no estamos en ese caso; en buena hora lo diga.

—Ya lo sé; pero ¿qué harías si.....?

—Si lo estuviésemos..... ¿Y qué sé yo de eso? Ahora, muy tranquilo, muy sosegado, charlando con dos personas á quienes quiero mucho, fumando exquisito tabaco, saboreando buen café, esperando, para ir al teatro, á mi mujer, de cuya virtud no duda nadie..... me parece que no haría nada; que me contentaría con encogerme tranquilamente de hombros, calculando que, después de todo, la infidelidad de mi esposa era asunto de escasa importancia; pasajero como todos los hechos mundanos, y sin interés alguno para la marcha ordenada del universo. Perdonaría su desliz y me quedaría tan tranquilo como estoy ahora..... ¡Hay tantas cosas grandes en qué pensar! ¿á qué perder el tiempo pensando en cosas pequeñas? Así pienso ahora; ahora en que nada de esto sucede..... ¿Cómo pensaría si sucediese? Eso es lo que no puedo decirte..... Porque no hay posibilidad de colocarse mentalmente en ciertas situaciones.

La llegada de la mujer de Pelegrín, elegantemente vestida, puso término á la discusión.

Pasaron tres años; había yo dejado de ver á Pelegrín, que á la sazón viajaba por Europa. De pronto, recibí la noticia de su llegada á Madrid, y con ésta la de haberse fugado su esposa con un joven, hijo de un criado muy antiguo; joven á quien Pelegrín protegía y había dado carrera, y pensaba lanzar á la política. Pocos días después, los amigos de aquella casa leímos con profunda pena, en los periódicos de París, que en uno de los más fastuosos *hoteles* de aquella capital había ocurrido un *drama sangriento*, un *doble asesinato*; así, *doble* y todo dijeron los periódicos: el asesino, que había logrado, hasta entonces, burlar la acción de la justicia, era, según declaración de una de las víctimas, mi amigo Pelegrín; las víctimas á quienes hallaron en el cuarto que, como marido y mujer, habían tomado, eran la esposa y el protegido de Pelegrín, que estaban materialmente acibillados de heridas que el esposo ultrajado había inferido con evidente ensañamiento.

De Pelegrín no he vuelto á saber una palabra... Ahora fíense ustedes de frialdades de hombres de nieve y de filósofos estoicos..... ¡Ah! ¡Cuando se hiere cierta fibra del alma, que á veces está muy honda, muy honda..... acaso se advierte que existe en todo hombre, por filósofo que sea, la levadura de Oteló!

Lo cual no significa, en manera alguna, que no pueda suceder lo contrario, porque en esto soy de la opinión de Pelegrín: «todo es verosímil, todo puede creerse; hasta lo que más monstruoso parezca».

A. SÁNCHEZ PÉREZ.



FRASES HECHAS

(TONTERIAS USUALES)

Cuando algún amigo se ausenta, nos ofrecemos á bajar hasta la estación para despedirle.

—No se moleste usted, dice él.

—No es molestia, replicamos nosotros, *¡si lo hacemos con muchísimo gusto!*

Que es como decirle:

—Tenemos un verdadero placer en que se vaya usted y nos libre de su presencia.

Al abandonar una casa donde hemos estado de visita, el dueño quiere acompañarnos hasta la puerta, y muy cortemente nos oponemos á que salga al recibimiento, diciéndole:

—No salga usted, no, que *esto está muy frío*.

Con lo cual le indicamos que su casa se halla perfectamente acondicionada para cojer una pulmonía.

Una jovencita que desea ser galanteada por un mozalvete, se queja con amargura diciendo á solas:

—¡Válgame Dios! Tres horas estuvo á mi lado y ni siquiera me dijo: *malos ojos tienes*.

La infeliz ignora que su tímido pretendiente se ha quedado también disgustadísimo porque ni siquiera le ha dicho ella:

—*¡Por ahí te pudras!*

D. Facundo, en medio de la animada conversación de la tertulia, se pasa la noche dando cabezadas.

—Facundo, le dice su esposa, que te estás durmiendo.

—No tiene nada de particular, contesta él, porque ya sabes que hace días estoy falto *de sueño*.

Que es precisamente lo que le sobra.

—Dicen que á González le han nombrado gobernador.

—¿Gobernador? ¡Qué disparate! Si le nombraran siquiera secretario ya *se daría con un canto en los pechos*.

Yo supongo que el pobre hombre no haría semejante barbaridad.

—Rodríguez es muy rico.

—¡Riquísimo!

—¿Tendrá más de un millón de pesetas, eh?

—¡Mucho más! Ese *no se deja ahorcar* ni por dos millones.

¡Ya lo creo! Ni Rodríguez ni nadie.

EPIGRAMA

Dice el crítico Cardona:

—En siendo obra de autor bueno,

Yo no perdono el estreno.

Y es verdad, no lo perdona.

FÁBULA

En un tomo de fábulas morales

Introdujose artera cierto día,

Yo no sé por qué medios infernales,

Una máxima atroz, horrible, impía.

Las fábulas los niños aprendieron,

Y cuando hombres después á ser llegaron,

Las buenas al olvido al cabo dieron;

Pero la impía..... nunca la olvidaron.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.



LA AMIGA DE LAS FLORES.—Cuadro de Gito Conti.

DICCIONARIO DE ANDALUCISMOS



EL continuo clamoreo de unos cuantos buenos amigos por una parte, y la convicción por otra, de que comunmente por ir en alcance de la perfección se expone uno á no llegar siquiera á la meta de lo bueno, son los motivos que me han decidido por fin, después de andarlo pensando y repensando mucho, á dar á la estampa mi DICCIONARIO DE ANDALUCISMOS, en el que se intercalan algunas curiosidades comunes á la lengua españo-

la: obra con la que hace muchos años estoy encariñado, y que, en la disposición en que saldrá á luz, podrá servir de base para que persona más competente, desocupada de trabajos y desahogada de intereses que el que esto escribe, acabe de dar los infinitos toques de luz y sombra que faltan al bosquejo que nos ocupa.

No voy á encarecer aquí la importancia del lenguaje andaluz ni la influencia tan omnimoda que sobre el habla de Castilla ejerciera de todo tiempo, con sus ocho actuales provincias, pues esto daría por resultado tener que copiar una parte no pequeña de la *Introducción* que abre paso á la redacción de mi DICCIONARIO; contentaréme ahora solamente con hacer observar que la razón de darse la preferencia por los eruditos entre todas las ediciones antiguas del Diccionario de la Academia á la 5.^a (1817), obedece á la circunstancia de haberse incluido en ésta muchas frases y locuciones que nuestros prohombres, juntamente políticos y literatos, hubieron de aprender, ó recordar, al trasladarse á Sevilla y Cádiz, con motivo de refugiarse allí de la persecución suscitada por las huestes napoleónicas: trabajo que cualquiera persona curiosa ó cachazuda puede comprobar por sí misma, como yo lo he hecho, cotejando dicha 5.^a edición con la 4.^a, que había salido á luz en 1803.

Sea como quiera, no me cansaré de repetirlo: hasta el día en que cada provincia de España en que es dominante el habla de Castilla no apronte á ésta su respectivo contingente de voces, acepciones y frases que le son peculiares, no podremos levantar el gran monumento del *Diccionario de la len-*

gua española. Y esto urge por momentos, dado que con la multitud de vías férreas desaparecen los límites y las distancias, así como los trajes, usos y costumbres d'stintivos de cada comarca. Comprendo que esto es obra superior á las fuerzas de un hombre solo; pero ¿qué hacer cuando quien pudiera y debiera poner remedio, se desentiende por completo del asunto?..... ¿Cruzarse de brazos?..... No; yo traigo mi óbolo al Templo de la Ciencia, agradézcaseme ó no se me agradezca: al obrar así no he hecho más que dar oídos á los impulsos de mi afición hacia este linaje de estudios. Comprendo que no será tan útil ni civilizador mi proyecto como el levantar hipódromos, plazas de toros, frontones, etc., etc.; pero, ¿quid faciendum?.... en el mundo tiene que haber de todo, porque, si no, dejaría de ser mundo.

A los aficionados, pues, á la filología, brindo con los siguientes bocadillos que, á la aventura, he entresacado de la friolera de unos 6.000 que me quedan en la despensa (y no *dispensa*, como dicen muchos madrileños muy cultos y ataviados), por si les pueden servir para hacer boca á manjares más sólidos y nutritivos.

ABRIGADO, DA.—Lo que abriga; y así se dice: *Como tenía mucho frío, me envolví en mi abrigada manta.*

Este es uno de los muchos adjetivos de terminación pasiva y significación activa como hay en nuestra lengua, al tenor de *persona MAL HABLADA*, *niño BIEN COMIDO*, *FAVORECIDA carta*, *carácter PORFIADO*, *función DIVERTIDA*, etc.

En cambio tenemos otros de terminación activa y significación pasiva, v. g.: *Mi AMANTÍSIMO padre*, *CONGREGANTE de una hermandad*, *dúo CONCERTANTE*, *dinero CONTANTE*, etc.

Por último, tenemos otros que, sin revestir la forma activa ni la pasiva, entrañan al propio tiempo ambas significaciones, como: *persona DEVOTA*, é *imagen DEVOTA*; *niño ALEGRE*, y *casa ALEGRE*, etc.

BORLERO.—El que en las procesiones lleva asida una borla de algún estandarte ó pendón.

«.... iba D. Lope de Mendoza, teniente de alguacil mayor por el Duque de Alcalá, y caballero del hábito de Calatrava, con el estandarte de San Fernando, que entró triunfando en Sevilla, y lo acompañaban á sus lados, como á título de BORLEROS, D. Juan de Mendoza su hijo, y D. José de Greña, su yerno.»



LUISELLA.—Cuadro de L. Knauss.

(*Anales de Sevilla*, por Ortiz de Zúñiga, tomo v, página 245.)

CASILLA.—Oficina baja ó cuerpo de guardia donde se reúnen los municipales ó celadores del orden público, y se detiene á los alborotadores ó criminales. En el siglo pasado se llamaban en Cádiz *casillas de los disfrazados*, por usar efectivamente de disfraz los tales agentes, y no ir uniformados como hoy en día. Equivale á lo que se llama *prevención* en la generalidad de España, de donde familiarmente se le suele llamar en Andalucía también la *preve*.

CHAMUSCADO, DA.—Mote que se dan recíprocamente los naturales de Fuentes de Andalucía y La Campana, villas de la provincia de Sevilla, distantes respectivamente de su capital 11 y 10 leguas. Aquéllos lo rechazan, diciendo que sólo compete á éstos, por cuanto celebran su feria por San Lorenzo, en atención á haber sido los verdugos que quemaron en las parrillas al Santo diácono.

DERRAMEN.—Barbarismo, por *Derrame*.

«Este último (riachuelo) tiene origen en el puerto de Villaluenga del Rosario y vertientes de la cordillera del Endrinar, continuando por Campo de Buche, donde recibe los *derrámenes* de algunas fuentesillas, etc.»

(MADOZ, artículo *Ronda*.)

El oír decir, y mucho más el ver escrito semejante propósito, me hace tanto daño como los *perfúmenes* de las flores, que asimismo se oye en boca del pueblo español, y singularmente del de Andalucía.

ENCONARSE.—Interesarse en alguna cantidad mezuquina ó cosa de menos consideración, especialmente siendo hurtada; pringarse, ensuciarse.

Semejante acepción, que no encuentro en ningún diccionario de nuestra lengua, y de que ya di cuenta en mi *Intraducibilidad del Quijote* (pág. 61), debió de mamarla Cervantes en Andalucía, cuando la empleó, y con la salvedad de «como suele decirse», en la primera parte de su *Ingenioso Hidalgo* (cap. XXVII) de esta manera: «¿Quién pudiera imaginar que Don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiera donde quiera que le ocupase, se había de ENCONAR, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que aun no poseía?»

Á este propósito he oído igualmente decir á varias personas *ensañarse*, acepción que, como la de *ensuciarse*, tampoco encuentro en ninguno de nuestros diccionarios.

FALSO.—En los vestidos, equivale á lo que en Madrid se llama *bajo*.

Como quiera que las personas bien habladas en Andalucía se quiebran á veces de puro sutiles, pagan en esta ocasión forzoso tributo á su extremada finura al decir impropia y *falso*, por *farso*, á este propósito, por pensar que, no debiéndose decir *un amigo FARSO*, tampoco se ha de decir el *FARSO* del vestido. ¡Á tales extravagancias arrastra la nimia filigrana en el arte de bien hablar!

Con efecto, el *farso*, esa tira de tela que se cose á la parte interior é inferior de ciertas prendas de vestir talaes, nada tiene de *falso*, ni por su etimología, ni en cuanto á su destino: su etimología proviene del *farsus* latino, relleno, henchido, así como nuestros vocablos *farsa*, *farseto*, etc., y el francés *farci*; y su destino ó aplicación es cabalmente todo lo con-

trario á *falsedad*, dado que se endereza á reforzar aquella parte del vestido por donde primeramente *falsea*, cual lo es la orilla. Téngase presente, á mayor abundamiento, que los *farsos* que usaban antiguamente las mujeres en el remate de sus faldas, con especialidad en los trajes que llamaban *de medio paso*, iban rellenos de tiritas de plomo ó de perdigones con el objeto de que, haciendo peso, no se les levantara el vestido.

La Academia viene haciéndose eco de semejante *falsedad* en cuanto á la manera de escribir este vocablo, con lo que contribuye á que se propague y afiance dicho error de escritura.

GAYUMBO.—«Fiesta popular que consiste en correr un toro de cuerda por las calles. Úsase en algunos pueblos de la provincia. Un autor dice que trae origen de la voz *gayomba*, retama olorosa con flores de color pajizo, porque con ella se adornaban los cuernos de los toros que así se corrían. Creo que es error. *Gayumbo* debe venir de la voz *gayo* (*gay* en francés y en castellano antiguo), que significa *alegre, divertido*, por lo cual *gayumbo* deberá significar regocijo, alegría, festejo.»

(*Nombres antiguos de las calles y plazas de Cádiz*.)

Con perdon de tan respetables autoridades, opino que *gallumbo*, y nó *gayumbo*) viene de *gallo*, por cuanto semejante festejo suele verificarse á media noche, hora propia de cantar el *gallo*, á la manera que en otras provincias dicen *el toro del aguardiente*, por correrlos en iguales terminos á la madrugada; y como mis paisanos al *gallo* le llaman *gayo*, de ahí seguramente *gayumbo* por *gallumbo*.

HACERSE DE (1).—Hacerse con; y así se dice: ¿Cuándo TE HACES de esa obra que tanto necesitas?—Ya ME HARÉ DE ella cuando tenga dinero.

En honor á la verdad (si es que no me equivoco, después de haber andado devanándome los sesos para averiguar la presente cuestión), no puede ser más ridículo ni estúpido el origen de esta acepción atribuida al verbo *hacer*. ¿Qué tiene que ver, en efecto, el adquirir ó proporcionarse una cosa con el *hacerse de* ella, como se dice en Andalucía, ó *con* ella, como en Castilla? Más bien tiene que ver, y esto no me lo podrá negar nadie, el *asirse de* ella. Pues he ahí descubierta ya el trocatis: *hacerse*, por *asirse*.

Y esto se observa aún mucho mejor en el sentido contrario, esto es, en el de enajenación ó desposeimiento, v. g.: «El día en que tenga precisión de *deshacerme* (desprenderme, desasirme), de esa alhaja, será para mí un día de luto.»

Á tales arbitrariedades, caprichos y malas inteligencias deben las lenguas no pequeña porción del contingente de sus voces y acepciones.

IGUAL DE (AL, Ó EN).—En lugar, ó En vez de. En Andalucía pertenece esta locución al lenguaje vulgar. La Academia se abstiene de adjudicarle tal calificación, por lo cual he creído del caso hacer aquí semejante advertencia. Y esto es tan cierto, que, tomando el vulgo la *a* de *al* y la *e* de *en* que entran á formar parte del modo adverbial que nos ocupa, ha creado la preposición bárbara *an* para esta sola locución, y así dice, v. g.: ¡Qué torpe es usted!—AN IGUAL USTED; esto es: AL CONTRARIO, usted será el torpe.

(1) De las varias acepciones que apunto del verbo *hacer* en mi DICCIONARIO, transcribo aquí tan sólo la presente.

JUZGAR.—Echar, tener, atribuir alguna acción á cierto fin; v. g.: *Cuando vi que me llamaron á media noche, no pude menos de JUZGARLO á mala intencion; Todo lo JUZGA á mala parte.*

Cervantes ha dicho (parte primera, cap. XXIII del *Quijote*): «Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se había escapado libre la despena que sobre su asno venía; cosa que la juzgó á milagro, según fué lo que llevaron y buscaron los galeotes.»

Comentando Clemencín este pasaje, lo critica según su costumbre, por estar rapado á navaja en el conocimiento del dialecto andaluz.

LÁSTIMA.—En el tecnicismo del lenguaje afectivo de Andalucía, tiene esta palabra mucho mayor latitud que en el de Castilla. Y á la verdad, en éste sólo significa la compasión, pena ó dolor que causa la persona, ó cosa, que es acreedora á excitar tal sentimiento; pero en Andalucía se extiende á representar la idea de cualquier emoción suscitada, no solamente por la pena, sino también por la indignación, gozo, etc. Así se dice á una persona desarrapada, por efecto de su incuria y desaliño dominante en ella: *¡Lástima me da verte hecho un pordiosero!* palabras que son dictadas por un afecto muy distinto al que nos inspiraría el tener que dirigírselas á un verdadero pobre, pues en este caso nos las excitaría la compasión, mientras en el anterior son hijas del asco ó la repugnancia.

Á mayor abundamiento de mi tesis, recuérdese aquel cantar que dice:

¡Qué lástima me ha dado
De ver á Hillo
Rezando en la capilla
Del Baratillo!

Como se comprenderá fácilmente, el ver rezar á un torero en la casa de Dios, no es motivo, que yo sepa, para excitar la compasión, pena ó dolor, por parte de nadie; antes sí, su gozo y satisfacción.

Por último, al oír ó ver alguna cosa que causa enojo ó indignación, se suele prorrumpir en este desahogo: *¡Qué lástima!* proposición que, por cierto, no implica la idea de sentimiento ó pena, sino *las de Cain*.

LLOROSO, SA.—Se aplica á cualquier vasija de cristal que, por no estar fregada, ó por estarlo mal, tiene salpicadas algunas gotas á manera de lágrimas.

MÍRAMELINDO.—Planta y flor conocidas en Castilla con el nombre de *nicaragua*; en Cataluña, con el de *naño*; y en Cuba, con el de *madama*. En algunos puntos de Andalucía se le llama también *gala*, y *gala de Francia*; en Cádiz se le conoce con el nombre de *capuchina*; en Jerez, con el de *catineteta*.

NAVAZO.—Jardín ó huerto que se abre en paraje bastante hondo á orillas del mar, y que sin necesidad de riego produce en abundancia vistosas flores y exquisitos frutos, dado que las aguas, al filtrarse por espesas capas de arena, llegan á los plantíos despojadas de su carácter salino.

OCCEÁNO.—**OCCEANO.**—**OCEANO.**—Formas erróneas de *Océano*, que no sólo en Andalucía, sino en toda España, se oyen á cada paso en boca de personas *leídas y escribiditas*, así en el parlamento como en el foro, en el púlpito, en la cátedra, etc., y, lo que es peor, se ven tal cual vez en letras de molde.

PLEGAR.—ant. Llorar, clamar, gimotear.

Como *plegar* (de *pliegue*) y *doblar* (de *doble*) son sinónimos rigurosos, el pueblo antiguo español confundió el *plegar* las campanas á muerto (del latín *precari*, de donde nuestra *plegaria*) con el *doblar* (del latín *plicare*, dar dobles).

Y no se me arguya con que el tañer á difunto se llama *doblar*, á causa de que semejante toque se hace con dos campanas; porque á eso objetaré: 1.º, que en las iglesias donde no hay más que una, mal se puede *doblar* con dos; y 2.º, que en los entierros de personas calificadas, se *dobla* con cuatro, ó seis ú ocho campanas, ó todas las que haya, á la par, y, sin embargo, no hay término especial para *doblar* con tantas campanas á la vez, que resultan *triplicadas*, *cuadruplicadas* ó *quintuplicadas*. ¡Caprichos de las lenguas, contra los cuales no se puede ir!

QUEBRACÍA.—Quebradura ó hernia, según se colige del siguiente testimonio de García de la Leña (*Conversaciones históricas malagueñas*, t. I, pág. 180): «En el mismo Borge se cria la planta que llaman de *quebrados*, la que, tomada en polvos con cualquier licor, reúne perfectamente la rotura ó *QUEBRACÍA* hasta en las bestias.»

RESUMIRSE.—No pocas personas confunden este verbo con *rezumarse*, y así, dicen: *Esta vasija se RESUME*, por *se REZUMA*. Evítese tal despropósito, si es que no se quiere confundir lo blanco con lo negro.

SÁRGENAS.—Árguenas, alforjas. Así escrito, sólo lo he hallado en el siguiente cuento referido por Fernán Caballero:

«Había un viejo que tenía un peral, y todos los años le quitaban las peras, sin que pudiese averiguar quiénes eran los ladrones. Desesperado, determinó quedarse una noche de luna en acecho, asomado á la ventana de una buhardilla. Á eso de media noche vinieron unos estudiantes disfrazados de fantasmas, con velas en las manos y *sárgenas* en los hombros, y se encaminaron en procesión hacia el peral, cantando en tono de prefacio:

Andar, andar,
Hasta llegar al peral.
Cuando éramos vivos
Andábamos por estos caminos;
Y ahora que estamos muertos,
Andamos por estos desiertos.
¿Hasta cuándo durarán nuestras penas?
Hasta que las *sárgenas* estén llenas.

«—¡Ay!—dijo el viejo;—éstas son las almas de los que me han robado las peras, que están penando su delito. R. I. P. A.,—y se fué á acostar.»

Arguenas, por *alforjas*; y *Arganas* y *Argueñas*, por *angarillas*, son palabras que constan en nuestros diccionarios. De todos modos, creo que no debe escribirse *sárgenas* ni *arguenas*, sino *ÁRGUENAS*, que es como lo he oído pronunciar constantemente en Andalucía, hasta á la gente del pueblo. La Academia, sobre no hacer esdrújulo á *ÁRGUENAS*, dice que es vocablo anticuado.

Árguenas se lee también en el *Filósofo rancio*, t. II, página 431, en el siguiente pasaje: «..... á quien (al V. Fray Diego José de Cádiz, cuya causa de beatificación anda muy adelantada en nuestros días)..... cualquier abogadillo miraba con desprecio, no pocos de nuestros filósofos trataron de

desacreditar, y cuyo caudal todo consistió siempre en un garrote y unas *árguenas*.»

TUERTO, TA.—Mófanse de los andaluces los naturales de otras provincias, al oírles decir: *ese banco está TUERTO*; *llevas la corbata TUERTA*, alegando que debe decirse en tales casos, y otros á ellos análogos, *torcido*, *torcida*, supuesto que *tuerto* sólo significa *el que está falto de la vista en un ojo*. Leyeran los tales la *Breve declaración de las sentencias*, etc., que al final de su AGONÍA DEL TRÁNSITO DE LA MUERTE puso el maestro Alejo Vanegas, natural de Toledo, célebre humanista él en el siglo XVI, y reputada ella en su época por escuela del buen lenguaje castellano, y verían como, al capítulo V, estampa lo que sigue:

«Húbose allí San Agustín como el que quiere enderezar una vara muy *tuerta*; que no solamente llega lo *tuerto* al derecho, mas aun pasa dél hacia la parte contraria porque en fin venga á quedar en su cabal y derecho.»

UBRIQUE (*Acabarse á capazos, como la comedia de*).—Frase proverbial con que se da á entender que algún negocio, diversión, etc., ha tenido un fin desagradable y turbulento. Su origen, según la versión más corriente, es como sigue:

Representábase en aquella villa de la provincia de Cádiz, distante quince leguas de su capital, la comedia de Luis Vélez de Guevara, intitulada *Reinar después de morir*, ó *Doña Inés de Castro*. Indignado el público al ver que mandaba el Rey matar sin compasión alguna á Doña Inés, á consecuencia de los amores que tenía ésta con el Príncipe su hijo, fué tanto lo que llegó á entusiasmarse, que, creyendo ser todo verdad, acudió ciego á la defensa de la enamorada dama, golpeando con sus capas al monarca y á los caballeros que estaban de su parte, con lo cual terminó la función de una manera borrascosa.

VER.—Se abusa comúnmente de la significación de este verbo en frases como éstas: *VEAMOS á ver*; *VERÉMOS á ver*. Semejante impropiedad dimana, seguramente, de que, tanto el verbo *ir*, como el verbo *ver*, hacen en la segunda persona

del modo imperativo *vé*. Y digo *seguramente*, porque, á mayor abundamiento, no falta quien diga, v. g., *MIRA Á VER si viene el médico*.

YERMO SOLITARIO.—Redundancia en que incurren no pocas personas cuando hablan, y aun muchos escritores de fama, como se nota, v. g., en el académico D. Eugenio de Tapia, avilés (romance que lleva por título *El Solitario*), y en Fernán Caballero (artículo religioso y moral intitulado *La mediación de la Virgen*).

ZÁMPALOPRESTO.—Salsa que se aplica á la carne cocida ó al pescado frito, generalmente secos por atrasados. Consiste en poner á freir aceite, harina, cebolla y perejil, agregándole después agua ó caldo del puchero, una hoja de laurel y unos cuantos granos de pimienta. Algunos gustan de añadirle unas gotas de vinagre ó de limón. Llámase también *Zámpalopresto*.

«Yo conozco muchas damas
Que llevan en las mantillas
Encajes de media vara,
Y sólo comen tres cuartos
De pescado, en una salsa
Que llaman *zámpalopresto*.»

(GONZÁLEZ DEL CASTILLO, sainete intitulado *El día de toros en Cádiz*.)

Como se deja entrever por las pruebas que acabo de aducir, mi objeto ha sido redactar un libro que, aun cuando en forma de DICCIONARIO, carezca de la aridez propia de este linaje de trabajos, haciendo, por el contrario, que predomine en él el espíritu de recreo honesto al par de instrucción útil, valiéndome al intento de cuantos medios he hallado á mi alcance, á fin de que, al propio tiempo que de consulta en su clase, pueda servir de *quitapesares*, ó ya de alejar las impertinencias de Morfeo en las *dilatadas* noches de invierno, impertinencias no pocas veces fomentadas por el carbón del brasero ó por los leños que abriga en su seno la chimenea. No sé si lo habré conseguido.

JOSÉ MARÍA SBARBI.



